

Globalización y Mercado Laboral.

Gonzalo Alberto Patiño Benavides*

Introducción.

Con frecuencia la globalización se ha presentado como un nuevo marco de posibilidades para que el factor trabajo, al igual que ocurre con las mercancías y los capitales, pueda trasladarse fácilmente entre las cada vez más borrosas fronteras de los estados nacionales; sin embargo existe un lugar donde los efectos de la globalización son más palpables para el hombre y la sociedad moderna: ese lugar es el mercado de trabajo. El mercado de trabajo se constituye en el condensador principal de las múltiples tensiones que genera el proceso de globalización.

Las recientes elecciones francesas han puesto de nuevo al descubierto los temores que surgen frente a las tendencias xenofóbicas, que hoy transitan con fuerza buena parte de Europa. La derecha ha sido derrotada, pero el fenómeno del desempleo en Europa seguirá alimentando, por buen tiempo, un sentimiento ambiguo frente a la cada vez más fuerte ola migratoria proveniente de los países en vías de desarrollo.¹

En Estados Unidos la situación no es muy diferente. Algunas tendencias se han mostrado con mayor fuerza después de los acontecimientos del 11 de septiembre pasado (2001). Si intentásemos describir la situación un poco antes de lo ocurrido, sería conveniente refrescarla a través de Richard Rorty. En su libro "Forjar nuestro país", refiriéndose al orgullo nacional americano, presenta una de las visiones que expresan el imaginario tanto de la cultura popular como elitista a través de la obra de Neal Stephenson: Snow Crash.

En Snow Crash, la relación de Estados Unidos con el resto del mundo se simboliza con la creación más aterradora de Stephenson, lo que él llama "la Balsa". Es un descomunal amasijo de viejos cascos de buques que flota a la deriva a lo largo de la costa del Pacífico, habitada por millones de asiáticos que sueñan con saltar de ella y nadar hasta Norteamérica. La balsa es una especie de inmensa barriada internacional controlada por bandas criminales y anárquicas, algo muy diferente de las zonas organizadas en lo que antes era Estados Unidos de América....El orgullo de ser ciudadano estadounidense se ha sustituido por la tranquilidad que da sentirse más seguro y estar mejor alimentado que los que están en la balsa.

La pregunta, entonces podría ser: ¿Quiénes potencialmente estarán en la balsa en los próximos años?. Las largas filas frente a las embajadas de los países europeos y la de Estados Unidos en Colombia podrían ser las claves para responderla. Pero, ¿por qué la fila es cada vez más grande y qué razones motivan a que cientos de miles de compatriotas, algunos de ellos altamente calificados por las mejores universidades



Grandes masas de indígenas de América, especialmente del Ecuador han tenido que migrar a Europa a buscar trabajo en el servicio doméstico y en las duras labores del campo. Comunidad Wayú - Guajira, Colombia. Foto Néstor José Rueda Gómez.

** Economista, Ph.D. Profesor Asociado Tiempo Completo. Escuela de Economía y Administración, Universidad Industrial de Santander. Bucaramanga, Santander. E-mail: gpatino@epm.net.co*

¹ RORTY, Richard. Forjar nuestro país: el pensamiento de izquierda en los Estados Unidos del siglo XX. Editorial Paidós, 1999, pp. 20-21.

del país, se vean forzados a abandonar Colombia, ante la imposibilidad de vivir dignamente junto con sus seres queridos?.

Este artículo esta orientado a analizar, como lo sugiere el título, el modo en que el diseño de políticas públicas, promovidas por las Instituciones Financieras Internacionales (IFI), afecta el mercado de trabajo en Colombia.

Del mercado y la ética del trabajo al mercado y la estética del consumo.

El ethos característico del capitalismo tiene una larga trayectoria; por esta razón, la institucionalización de un mercado de trabajo en el contexto actual de globalización supone, en verdad, el derrumbe de unos lazos de solidaridad entre generaciones y la irrupción de prácticas culturales en las que predomina la racionalidad estratégica del individuo, así como un alto sesgo valorativo por el privilegio de la libertad individual. Como afirma Karl Polany, refiriéndose al contenido histórico de este proceso, “los rasgos de parentesco y vecindad fueron reemplazados por la libertad del individuo para contratarse como mano de obra asalariada”.²

² POLANYI, Karl. La gran transformación: crítica del liberalismo económico. Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1997, pp 268.

Diversos mecanismos actuaron en el pasado para detener la descomposición del tejido social generada por el mercado. Entre ellos se destacan: la ley de Spendhamland (1795-1834), que impidió la consolidación de un verdadero mercado de trabajo, y que terminó aferrando aquella sociedad a un sistema paternalista de organización del trabajo legado por los Tudor y los Estuardo y que, conjuntamente con el Estatuto de los artesanos de 1536, nos lleva de la mano hacia las primeras legislaciones laborales (complementada con la legislación sobre los pobres). De esta manera la vieja aristocracia inglesa propiciaba los mecanismos para perpetuar el sistema de tenencia de la tierra predominante en la época.

La citada ley conduce a la creación de un sistema de subsidios para la indigencia que proliferó en los albores de las primeras revoluciones industriales; Posteriormente, la ética y prácticas protestantes de la Reforma luterana sirvieron como vehículo para la consolidación del nuevo sistema social en el que la salvación del alma por medio de

Vistas de Venecia por Canaletto, Perspectiva hacia la ciudad.





los actos productivos reemplaza la vida eterna como objetivo de salvación mediante actos piadosos; "surge así como contraste la idea a la vez profana y religiosa de trabajo profesional como manifestación palpable de amor al prójimo ...".³

*Barrio marginal, Bucaramanga.
Foto Néstor José Rueda Gómez.*

Un conjunto de legislaciones posteriores terminaron por revocar la leyes citadas y permitieron la libre movilización de la fuerza laboral para crear un mercado de trabajo propiamente dicho (pago de un salario y no de un subsidio). La consolidación de una economía de mercado era el resultado final de una atribución de mercancía al carácter del trabajo humano. Para Weber, "la idea de que el trabajo es un medio al servicio de una racionalización del abasto de bienes materiales a la humanidad, ha estado siempre presente en la mente de los representantes del espíritu capitalista como uno de los fines que ha marcado directrices a su actividad".⁴

Este nuevo sistema de leyes propició, además, una acción más participativa del Estado en función de los intereses colectivos, en particular, de aquellos que aluden a su seguridad social. Los siglos XVIII y XIX muestran, a diferencia de los anteriores, donde las gestiones colectivas se realizaban a través de la asistencia a los pobres, el desarrollo de un fuerte mercado médico en torno a exámenes, diagnósticos y terapéuticas individuales donde la salud se convierte en uno de los objetivos centrales del poder político.

³ WEBER, Max. La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Ediciones Orbis, S.A., Barcelona 1985., pp. 2.

⁴ Ibid.

⁵ FOUCAULT, Michael. Saber y verdad. Ediciones La Piqueta, Madrid, 1991, pp. 95.

Es decir, a una acumulación del capital le corresponde un claro interés por la conservación de la fuerza de trabajo, donde globalmente, según palabras de Foucault, "se esboza el proyecto de una tecnología de la población: estimaciones demográficas, cálculo de la pirámide de edades, de las diferentes esperanzas de vida, de las tasas de morbilidad, estudio del papel que juegan entre sí el crecimiento de las riquezas y el de la población, incitaciones diversas al matrimonio y a la natalidad, desarrollo de la educación y de la formación profesional".⁵

Las necesidades generales de mayor bienestar social no se oponen a la enajenación de la fuerza de trabajo por parte del capital, y el auge de la propiedad privada apenas si encuentra algún tipo de resistencia estatal. Se trata, de una parte, de la Ley de la Salud Pública de 1848 en Inglaterra, que establece por primera vez controles públicos, y una regulación de la actividad privada (control de alcantarillados y redes

sanitarias, condiciones higiénicas mínimas para las casas de alquiler). De otra parte, los problemas del transporte, y especialmente el ferrocarril, hacen necesaria, para su puesta en funcionamiento y desarrollo, una ley de expropiaciones, que no pone en crisis la ideología liberal. A esto habría que añadir las jornadas no reglamentadas de trabajo, el pie de fuerza femenino y la incorporación de niños al trabajo como un capítulo reconocido del naciente capitalismo industrial (capitalismo filibustero en versión Schumpeteriana).

Estos aspectos perversos de la sociedad de mercado permiten el surgimiento de un profundo llamado humanista considerado hoy utópico por su carácter mesiánico. Aquí basta con recordar por ejemplo a Robert Owen, Charles Fourier, Jean Baptiste Godin y Etienne Cabet y Saint Simon - entre otros - y los movimientos en oposición a los efectos de la máquina industrial (monofinalidad) como el cartismo, las villas socialistas, en donde el producto del trabajo se distribuye socialmente pues su apropiación es también social; en cualquier caso se logran anticipar y crear las condiciones mínimas necesarias para una legislación laboral en que lo colectivo se opone diametralmente al mito del mercado.



Aspecto de una ciudad europea previa a la revolución industrial. Madrid, siglo XV.

Sobre Saint Simon, Isaiah Berlin ha manifestado, que propugnó “.. en varias etapas de su vida modelos de una sociedad totalmente planificada dirigida por capitanes de industria o finanzas y científicos expertos y ayudados por el poder imaginativo de los artistas – los únicos verdaderamente benefactores de la humanidad – quienes actuando juntos, crearían un mundo en el que las facultades del hombre anuladas hasta ese momento por entornos mutiladores, podrían por fin encontrar una realización rica y completa”.⁶

Sin embargo, según el mismo Polanyi, “Conviene, pues, no solamente que existan mercados para todos los elementos de la industria, sino también

que no se arbitre ninguna medida o política que pueda influir en el funcionamiento del mercado. Únicamente interesan las políticas y las medidas que contribuyan a asegurar la autorregulación del mercado, a crear las condiciones que hagan del mercado el único poder organizador en materia económica.”⁷

La relocalización del tejido social se hará en función de las ventajas comparativas (heredadas o creadas) por el hombre mismo. Quién mejor que el patriarca del neoliberalismo -Ludwig von Mises-, para describirnos esta nueva realidad : “la acción consiste en pretender sustituir un estado de cosas poco satisfactorio por otro más satisfactorio. Llamamos cambio a esta alteración voluntariamente provocada. Se trueca una condición menos deseable por otra más deseable. Se abandona lo que satisface menos, a fin de lograr algo que apetece más” .⁸

⁶ BERLIN, Isaiah. El sentido de la realidad: sobre las ideas y su historia. Editorial Taurus, 1998, pp. 136.

⁷ POLANYI, Karl. La gran transformación: crítica del liberalismo económico. Ediciones La Piqueta, Madrid, 1997, pp. 123.

⁸ MISES, Ludwig Von. La acción humana. Editorial Valencia, Barcelona, 1965, pp. 200.

Esta situación se asemeja, como vemos, a las medidas de política económica que en la actualidad se adoptan, al revalidar los conceptos de libre mercado del siglo XIX. Así, los salarios reales deben disminuir (oferta de trabajo) para que una mayor demanda del mismo permita a los empresarios pensar en posibilidades de contratación y calificación, resquebrajándose, sin embargo, la estabilidad laboral como propósito colectivo sobre el que se erige la inserción del individuo de una manera digna a la sociedad de consumo.

Y “el nuevo pacto de solidaridad”, propuesto por el mundo globalizado, descansa sobre la idea de resolver los problemas no allí donde ellos se desatan, es decir, en el sistema financiero internacional, sino más bien allí donde el impacto de estas políticas muestra su cara menos amable: en el mercado laboral. Ello se pretende lograr desplazando las tensiones y los conflictos de una sociedad turbulenta desde lo global hacia lo local.

Curiosamente la insistencia de reglamentar el mercado laboral y las prácticas profesionales- que se promueven hoy -, estaría reflejando, paradójicamente, la siempre expuesta necesidad de proteger al hombre de ese mismo mercado (léase en nuestro caso colombiano, expedición de la ley 30 de 1992), derivando, todo ello, hacia una mayor regulación. En esencia estas prácticas estarían mostrando lo insuficiente que resultan las políticas de gobierno en su emplazamiento para que el sector privado tome la manija de construir el nuevo edificio social.

Este aspecto está claro, también, en la privatización de los servicios públicos en Colombia. Recordemos que los planes de estabilización en los 80 -“Consenso de Washington”- se erigieron sobre la idea según la cual era necesario privatizar los activos del sector público, por lo menos por dos razones: primera, la corrupción generalizada en las empresas públicas latinoamericanas hizo esfumar buena parte de los recursos que se contrataron como deuda externa pública con los consorcios privados internacionales; segunda, la apropiación injustificada de la idea, según la cual la competencia es el camino más expedito para acceder a las nuevas tecnologías y a estructuras de precios más acordes con los estándares internacionales.

Con ello se estaría recorriendo el camino adelantado por los países industrializados, sin beneficio de inventario para los nuestros. Varios aspectos han desmentido estos supuestos. Así, por ejemplo, la venta de empresas públicas en el sector de las telecomunicaciones en Argentina y México se realizaron a precios inadecuados. Un segundo aspecto para tener en cuenta es que estos sectores funcionan con economías de escala, transmitiéndose el aumento de costos a las tarifas que pagan los usuarios.⁹ Es evidente, que la globalización ha hecho caducas las viejas formas de organización empresarial y de protección social. Atrás quedaron los modelos tayloristas y fordistas de organización del trabajo. La producción fondista, por ejemplo, permitió asegurar una mano de obra altamente calificada para una moderna sociedad industrial, que se erigió sobre la base de la producción manufacturera y el desarrollo de fuertes complejos empresariales de industria básica. La formación para el trabajo productivo permi-



Venecia Siglo XVIII.

⁹ PALACIO, Sarmiento. Alternativas a la en-crucijada neoliberal. Editorial Escuela Colombiana de Ingeniería, Santafé de Bogotá, 1998, pp. 127-151.

tió crear una élite altamente jerárquica, centrada en torno al credo ascendente del progreso humano. La educación permitió crear los consensos ideológicos básicos, a partir de los cuales la integración social se daba como un hecho.



Equipo de perforación.
Foto Néstor José Rueda Gómez.

Con la irrupción de los modelos posfordistas la flexibilización del mercado laboral se intensifica hasta el punto en que la formación para el trabajo productivo se centra actualmente en el desarrollo de habilidades profesionales, que permitan conectar al individuo con los intereses y estrategias globales de empresas transnacionales, que lideran sectores estratégicos como el transporte, las telecomunicaciones, la construcción de nuevos materiales, la prestación de servicios comunitarios (como del agua, energía etc.) y otros, donde la búsqueda de mayor competitividad está indisolublemente ligada a mayores niveles de productividad. Las remuneraciones salariales ligadas a mayores productividades permiten, a su vez, implementar relaciones contractuales entre trabajadores y empresarios altamente flexibles, que se traducen en una mayor precarización de las condiciones de trabajo.

Las empresas que hoy abanderan la “nueva economía o economía digital han abandonando las viejas estrategias de producción masiva del fordismo (incluido el descentramiento de importantes sectores de producción de bienes de capital hacia la periferia), por nuevas en las que predomina una alta integración entre proveedores y productores, implementación de políticas “cero inventarios”, y en general el traslado de la competencia del precio hacia la definición del producto; en otras palabras, nos referimos a las denominadas “economías de cobertura”, en las que el papel de la tecnología y , por lo tanto, del conocimiento se convierten en factores claves del desarrollo.¹⁰

Se trata también del reemplazo de una ética del trabajo por una nueva ética del consumo. En su momento Thorstein Veblen había señalado con claridad cómo la modernidad generó un consumidor esnobista y opulento. Hoy se trata de algo diferente: a la esfera del consumo hemos sido involucrado todos, y es allí –y no en el trabajo- donde se define nuestra situación social; es decir, nuestra forma de relacionarnos con los demás, la forma en que los demás nos aceptan (incluyen) o rechazan (excluyen), depende de nuestra capacidad de integrarnos a las redes globales de consumo.

Sobre el particular, el sociólogo alemán Zygmunt Bauman señala: como “En su etapa presente de modernidad tardía – esta segunda modernidad, o posmodernidad -, la sociedad impone a sus miembros (otra vez, principalmente) la obligación de ser consumidores. La forma en que esta sociedad moldea a sus integrantes está regida, ante todo, y en primer lugar, por la necesidad de desempeñar ese papel; la norma que le impone, la de tener capacidad y voluntad de consumir”.¹¹

Curiosamente las habilidades profesionales para la cuales hoy se forma tiene , por lo tanto, una nueva dimensión: formar no tanto para el trabajo productivo como educar en la cultura del consumo intensivo. Las nuevas tecnologías para producción de alimentos – por ejemplo-, se complementan con estrategias de mercadeo publicitario (marketing alimentario) explícitas en distintas teorías administrativas que privilegian el consumo de comidas rápidas (fast food), y que encuentran expresión en la venta de platos pre-cocidos, congelados y empacados al vacío, y, en general, unidades de consumo y empaques más pequeños. Las nuevas carreras profesionales que surgen en el país (diseño de modas, mercadeo y publicidad, diseño gráfico, dibujo publicitario y otras), están orientadas a estos propósitos.

¹⁰Ver: PATIÑO, G y PARDO, O. “Condicionantes de la Reforma del Estado en América Latina”, en Revista Reflexión Política No. 1 del Instituto de estudios políticos de la UNAB, p.p 28-37, marzo de 1999.

¹¹ BAUMAN, Zygmunt. Trabajo, consumismo y nuevos pobres. Editorial Gedisa, Barcelona, 1999, pp. 43.

En general, la forma en que se prepara y educa la gente en el sistema capitalista global apunta a la satisfacción inmediata de sus deseos, sin importar los de los demás. Cuando nos referíamos al rompimiento de lazos de solidaridad teníamos en mente este aspecto: si las estrategias de mercadeo me permiten remplazar “viejas” necesidades de consumo por “nuevas”, ¿qué ha de importarme, como consumidor individual – el acto de consumo in strictu sensu es individual no colectivo - la situación del consumidor vecino?

La elección misma de la carrera profesional no está atada a la construcción de una identidad social como antaño, en tanto que los puestos de trabajo son efímeros y precarios, los contratos de trabajo ambiguos y unilaterales. La construcción de propósitos colectivos y solidarios queda relegada, a la posibilidad del mercado de integrar al nuevo socio a la esfera del consumo. “las identidades compuestas, elaboradas sin demasiada precisión a partir de las muestras disponibles, poco duraderas y reemplazables que se venden en el mercado, parecen ser exactamente lo que hace falta para enfrentar los desafíos de la vida contemporánea”.¹²

Los cambios institucionales que se plantean como directrices para la formación profesional, responden – hay que reconocerlo-, cada vez más a las necesidades de un mercado globalizado, donde ciertas empresas deciden no sólo qué producir, sino también qué consumir. Esta nueva estética del consumo, la flexibilización del mercado laboral y la precarización de nuestras condiciones de trabajo están acordes con los intereses del capital transnacional, y en ellas se inscriben las denominadas “reformas de segunda generación”; estas reformas, sin embargo, se han puesto en entredicho, en el seno mismo de los países industrializados.

La imagen de cientos de miles de trabajadores europeos – como recientemente ocurrió en Italia y ahora en Alemania-, protestando por la existencia de un sistema financiero internacional a quien no le interesan la riqueza cultural de un Continente, palidece – sin embargo-, ante la desolación y miseria de millones de sectores campesinos y pobladores urbanos en América Latina y especialmente en Colombia, que se han visto afectados por la profundización de problemas estructurales del desarrollo, como por las medidas de política económica que han acompañado las reformas y políticas de estabilización.

La forma técnica que ha revestido el análisis se basa en un reduccionismo, que convierte el tema del déficit fiscal en el punto central del debate social y económico. Sin embargo, el origen del déficit fiscal en América Latina, como las posibles formas de subsanarlo, pone de relieve los profundos desequilibrios originados por el actual modelo de desarrollo auspiciado en gran medida por las instituciones financieras internacionales (IFI). Ese modelo de desarrollo, cabe recordarlo, ha hecho énfasis en la liberalización de los mercados, la privatización de los servicios públicos y el control del gasto público. A nuestro modo de ver se trata de formas extremas de conservadurismo financiero (déficit cero, inflación de un dígito), que ponen en entredicho los compromisos sociales de países como Colombia, que padece en años recientes formas extremas de violencia y pobreza generalizada, y de Argentina, que ha colapsado finalmente frente a estas presiones.



1.

1. Ciénaga, Magdalena.
2. Zona marginal, Manizales
Fotos Néstor José Rueda Gómez.



2.

¹² Ibid. pp 51. Nada más dicente, en este sentido, que la propaganda de la televisión colombiana donde una joven alude a su identidad sobre la base de estereotipos diseñados por los medios de comunicación.



*Campesino quindiano.
Foto Néstor José Rueda Gómez.*

Palabras Finales.

Parece indiscutible que el conjunto de las reformas de ajuste estructural, propuestas para los países de América Latina por las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) han alcanzado un punto que podría denominarse de “no retorno”.

El avance notorio en este sentido se trasluce, entre otros tantos aspectos, en una nueva legislación que pretende interpretar la más prístina esencia de esta reforma: recorte de los escasos presupuestos públicos y restricción financiera para revertir los procesos de “agigantamiento” del Estado. Esta desregulación de los procesos económicos se conoce como crisis del Estado de Bienestar y paralelamente se acompaña, a nivel micro, de una desconcentración relativa de los procesos de producción e intensificación de las economías de cobertura.

Sin embargo, la evidencia empírica, así como la compleja realidad social y económica de muchos países de América Latina, muestran que el efecto de las políticas sociales sobre la distribución del ingreso tienen un enorme impacto de carácter progresivo sobre los estratos más pobres de la población. En algunos trabajos se ha observado por ejemplo como la fuente más importante de disminución ha sido la extensión de la educación al conjunto de la fuerza de trabajo a partir de los años sesenta. Ello permitió disminuir la inequidad por medio de la reducción de las hasta entonces altos diferenciales de salarios entre trabajadores calificados y no calificados. En general, mientras en educación el mayor impacto sobre la equidad provienen de la educación básica, en salud el mayor impacto lo registra la seguridad social y el bienestar familiar. En las actuales condiciones por las cuales atraviesa el país esta observación es nada despreciable, pues confirma que con mínimos esfuerzos fiscales se puede asegurar el acceso de la población más pobre a los servicios básicos.

La importancia del gasto público social radica entonces, a pesar de las políticas reformadoras y dominantes, en que mejoran la equidad, contribuyen a la eficiencia y al crecimiento. Así, un año adicional de educación disminuye la posibilidad de ser pobre en 3.1% en las áreas rurales y 1.2 por ciento en las urbanas, un indicador sectorial de salud como el Avisa – años de vida saludables perdidos ajustados por discapacidad – señala que – según cálculos internacionales para los países en transición demográfica, el 45% de los Avisa se podrían recuperar por intervenciones viables en saneamiento, agua potable y descontaminación ambiental. En nuestro país, el “primer puesto” en Avisa lo tiene la agresión física entre colombianos, los cálculos del proyecto de Carga de Enfermedad del Ministerio de Salud indican que un 22% de los Avisa se deben a enfermedades transmisibles, maternas y de la nutrición, obviamente relacionadas con los instrumentos de la política social.

Los datos han demostrado, para el caso colombiano, la importancia que tiene la política de subsidios para mejorar la distribución del ingreso; sin embargo, estos resultados serían mejores si se evalúan de manera precisa los destinatarios, para permitir que sean las familias de menores ingresos los que se beneficien de los recursos del Estado. Otro de los aspectos que no se puede desconocer, por parte de las IFI, es la posición ambivalente de los países industrializados en torno a los logros que efectivamente pueden resultar de una mayor liberalización comercial por parte de los países en vías de desarrollo, cuando éstos logran franquear barreras tradicionales, como una mayor presencia manufacturera en el conjunto de exportaciones globales de Sur a Norte. En este último sentido son cada vez más fuertes las presiones a favor de una armonización de las normas laborales internacionales y la imposición de sanciones cuando las mismas se violen (la llamada “cláusula social”).



*Chirca, Piedecuesta - Santander.
Foto Néstor José Rueda Gómez.*

En general los desequilibrios generados por los procesos de globalización – como resultado de cambios fundamentales particularmente en el proceso de producción y en las finanzas internacionales -, muestran también cómo los subsistemas económicos de socialización promovidos por el Estado de Bienestar (salud, educación, vivienda, transporte público, han terminado siendo una carga onerosa que se ve reflejada en el incremento de los presupuestos públicos desde los cincuenta hasta aproximadamente los ochenta, desbordándose de esta manera los gastos en proporción a la capacidad de generar nuevos ingresos. Hoy esos escasos presupuestos públicos pueden detener la marcha del crecimiento de la inversión en investigación y desarrollo y convertirse paradójicamente en barreras para la misma extensión del capital privado.

Es necesario considerar cómo ciertas formas aparentemente benignas, sacadas de un recetario profesional sobre eficiencia y subsidio a la demanda pueden terminar ciertamente debilitando la capacidad en extremo de los clientes que pretenden ser favorecidos. Es bueno resaltar que esta forma de intervención estatal de tipo capitalista está orientada a favorecer una mayor mercantilización de la esfera del conocimiento. La estrategia actual diseñada por las IFI, para los países en vías de desarrollo, en el sentido de revertir los procesos de inversión considerados “improductivos”- para la esfera de los negocios -, puede terminar sentando las bases de un estancamiento de la producción de más largo plazo, impidiendo mayores ritmos de crecimiento económico y, peor aún, de bienestar social.

El pretendido aumento en las mayores tasas de escolarización esconde también una realidad permanente: la necesidad del capital de nutrirse de una fuerza salarial altamente calificada, que se vende en forma privada y nutre por lo tanto las formas privadas de acumulación en menor medida que el beneficio que ella trae colectivamente al Estado ■■■

Bibliografía.

1. BAUMAN, Zygmunt. Trabajo, consumismo y nuevos pobres. Editorial Gedisa, Barcelona, 1999.
2. BERLIN, Isaiah. El sentido de la realidad: sobre las ideas y su historia. Editorial Taurus, 1998.
3. FOUCAULT, Michael. Saber y verdad. Ediciones La Piqueta, Madrid, 1991.
4. MISSES, Ludwig Von. La acción humana. Editorial Valencia, Barcelona, 1965.
5. PALACIO, Sarmiento. Alternativas a la encrucijada neoliberal. Editorial Escuela Colombiana de Ingeniería, Santafé de Bogotá, 1998.
6. PATIÑO, G y PARDO, O. “Condicionantes de la Reforma del Estado en América Latina”, en Revista Reflexión Política, No. 1 del Instituto de estudios políticos de la UNAB, marzo de 1999.
7. POLANYI, Karl. La gran transformación: crítica del liberalismo económico. Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1997.
8. RORTY, Richard. Forjar nuestro país: el pensamiento de izquierda en los Estados Unidos del siglo XX. Editorial Paidós, 1999.
9. WEBER, Max. La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Ediciones Orbis, S.A., Barcelona 1985.